

LA VERDAD SOBRE HUNGRÍA

Los recientes acontecimientos en tierra magiar son suficientemente conocidos para no tener que reproducirlos con todos los detalles. (Para una cronología detallada, véase "Un mes histórico" (23 de octubre-23 de noviembre de 1956), *Oriente Europeo*, número 23-24, páginas 248-253, y "Historia y lección de quince días de máxima tensión mundial" (23 de octubre-6 de noviembre de 1956), *CUADERNOS DE POLÍTICA INTERNACIONAL*, núm. 28, págs. 1-35). Más interesará hoy una valoración crítica de los hechos y de las interpretaciones para descubrir "la verdad sobre Hungría" y su significación para la política internacional. Bástenos, pues, en este lugar con una breve recapitulación de los tres actos del "drama húngaro" en un estilo telegráfico.

I. *La revolución* (23-X a 3-XI-1956).

En manifestaciones callejeras reclaman en Budapest miles de personas elecciones libres, libertad de Prensa y de asociación, reorganización de la vida económica, revisión de los tratados comerciales con la U. R. S. S. y restauración de los tradicionales símbolos nacionales. Un discurso del primer secretario del Partido, Ernő Gerő, en vez de aplacar los ánimos, los exaspera más (23-X). Mientras que se producen duros combates entre las tropas soviéticas que intervienen para proteger al régimen comunista y la población civil, a la que se agregan unidades del ejército popular húngaro, János Kádár sustituye a Gerő en las funciones del primer secretario e Imre Nagy, cuya rehabilitación fué rechazada pocas semanas antes, se encarga de formar un nuevo Gobierno. Nagy ofrece como punto de partida su programa de 1953, prometiendo la democratización de la vida pública, la elevación del nivel de vida y la construcción de un socialismo "conforme al específico carácter húngaro". Admite graves errores cometidos por los Gobiernos anteriores, pero acusa a "ciertos elementos contrarrevolucionarios" y exige la rendición de los sublevados (24-X).

Los ultimátum dirigidos a los levantados no surten efecto. En varias capitales se forman consejos nacionales y comités revolucionarios que publican, independientes unos de otros, sus programas y resoluciones (25 a 28-X). El 29 de octubre los levantados, aunque carecen de mando único, controlan casi todo el país. Nagy se decide a pedir la retirada de las fuerzas soviéticas, anuncia negociaciones con la U. R. S. S. "a base de igualdad de derechos" y juzga positivamente al levantamiento: "No es verdad que lo que ocurre en Hungría sea una contrarrevolución. Se trata de un movimiento democrático que abarca a toda la nación para asegurar la independencia, que es la base única de la democracia socialista." Se pone fin al sistema de partido único y se vuelve a la coalición de 1945, con participación de los comunistas, socialdemócratas, agrarios y pequeños propietarios (30-X). En mensajes dirigidos al presidente Worochilow y al secretario general de las Naciones Unidas el primer ministro expresa el deseo de Hungría de abandonar el Pacto de Varsovia y de permanecer neutral (1-XI).

Mientras que las agencias extranjeras difunden noticias alarmantes sobre un próximo ataque soviético, en la capital, cercada por tropas rusas, en un ambiente de seriedad y optimismo, se reorganiza la Academia Científica Húngara para reanudar la labor científica, literaria y artística sobre la base de la libertad del espíritu, y el cardenal primado József Mindszenty sienta los fundamentos para la reconstrucción nacional: neutralidad, relaciones amistosas y pacíficas con todos los pueblos, elecciones libres bajo control internacional, Estado jurídico, nación sin diferencias de clase, propiedad privada garantizada, pero limitada por los intereses sociales, persecución de los culpables por vía judicial y no venganzas personales, libertad de culto y de enseñanza, reanudación inmediata de la producción (3-XI).

II. *La batalla* (4 a 12-XI).

El primer domingo de noviembre fuego de artillería despierta a los habitantes de Budapest. Imre Nagy denuncia por radio el ataque soviético y pide la intervención de las Naciones Unidas. Se calcula que participan 4.600 tanques y 200.000 soldados soviéticos en el aplastamiento de la revolución. Nagy se refugia en la Embajada de Yugoslavia, el cardenal Mindszenty encuentra asilo en la Legación estadounidense. János Kádár forma en Szolnok un contragobierno con Münnich y Apró, ambos también ministros del gabinete Nagy.

En el bando de los nacionales se acusa desde el principio la falta de armas pesadas. Se combate con armas improvisadas y de pequeño calibre a los carros blindados. Las emisoras radian llamadas de socorro para enmudecer luego. Uno tras otro caen los núcleos de resistencia. Grupos armados de nacionalistas abandonan las ciudades y se retiran a los bosques y montes cercanos. La única población importante que el 11 de noviembre sigue aún en poder de los patriotas es el centro industrial Dunapentele, antes Sztalinváros (Ciudad Stalin). A pesar de las grandes penurias, el Gobierno Kádár obstaculiza la distribución de los envíos extranjeros para romper la resistencia del pueblo. Cada vez se habla más de "bandas contrarrevolucionarias", "oficiales horthystas" y "delincuentes liberados" y menos de las conquistas del 23 de octubre. Continúa la actividad de los guerrilleros en las distintas regiones.

III. Resistencia pasiva y política de improvisaciones (13-XI).

Las declaraciones gubernamentales y las noticias de las emisoras comunistas son contradictorias; su política sigue una línea "zig-zag" y parece pasar por un período de improvisaciones.

Se confirma oficialmente la presencia de Mikoyan y Suslow en Budapest (13-XI). Más tarde, con motivo de la reunión pentapartita, visitan a Hungría Kruschov y Malenkov (1 al 4-I). Se establecen consejos de guerra y juicios sumarísimos. Patriotas y personas jóvenes en general son deportados en masa a la U. R. S. S. Hacia finales de noviembre su número asciende de 36 a 38.000. Huelga de ferroviarios para impedir las deportaciones. Imre Nagy abandona su asilo en la Embajada de Yugoslavia y es secuestrado por los soviéticos (23-XI). Los consejos obreros, convertidos en el factor más importante de la resistencia, son disueltos por el Gobierno; numerosos jefes y miembros son detenidos. Como protesta se declara una huelga general de cuarenta y ocho horas "contra la actitud enemiga del Gobierno Kádár frente al pueblo y a la clase obrera" (9-XII). También se desautoriza la actividad de todos los consejos revolucionarios y de las asociaciones de escritores y de periodistas, los cuales, igual que los universitarios y los estudiantes de bachillerato, seguían con sus protestas. Los representantes de la democracia popular denuncian repetidamente "la intromisión de la O. N. U. en los asuntos internos de Hungría" y rechazan la admisión de observadores.

El Comité Central Provisional del nuevo Partido Obrero Socialista

(= comunista) da a conocer su programa y sus instrucciones: 1) Des-enmascarar a los contrarrevolucionarios y combatirlos con todos los medios, también con armas. 2) Apoyar a los consejos obreros "una vez depurados de los elementos fascistas". 3) Defensa de la clase obrera contra enemigos ocultos. 4) Creación de un programa económico conforme a los intereses de las clases obrera y campesina. 5) Fortalecimiento de los órganos de seguridad para la defensa de la democracia y del poder del pueblo. 6) Construcción de un socialismo "sobre base científica".

Kádár anuncia la posible constitución de consejos obreros competentes (tan sólo) en cuestiones económicas, lo que significa un acercamiento al sistema yugoslavo. Decreto sobre el estado de guerra (15-XII). Radio Budapest reconoce la detención de 400 personas en un espacio de veinticuatro horas. Las primeras sentencias de pena capital. Según el diario oficioso *Népszabadság* (antes *Szabad Nép*) se revisarán los tratados comerciales con la Unión Soviética y el curso de cambio oficial de la moneda se ajustará a su valor real (1 rublo = 1,50 florines, en vez de 2,93 del curso oficial anterior) (17-XII). Se vuelve a condenar públicamente la política de Rákosi y la Policía secreta (AVH) de Gábor Péter, mientras que se organiza otra nueva con el nombre de Guardia de Orden (R-gárda). Acciones militares contra los guerrilleros. El nuevo jefe de los sindicatos, Sándor Gáspár, denuncia los peligros de la inflación y del paro obrero. Por falta de energía eléctrica se trabaja sólo tres días por semana. El Gobierno dirige notas a Viena, Oslo y Estocolmo para conseguir la repatriación de los refugiados menores de edad (20-XII).

La tan esperada sesión plenaria del Comité Central de Moscú no trae grandes novedades. El Kremlin no se decide ni por una administración militar, ni por la retirada de las tropas, sino mantiene el fracasado Gobierno Kádár, nuevamente ampliado pero sin ensanchar su base mediante una coalición. Se intenta dominar la situación, como en períodos anteriores, ya con actos de represión y terror, ya con pequeñas concesiones—retirada de las fuerzas soviéticas del centro de Budapest y regreso de tres divisiones a la Unión, sustitución del uniforme de corte ruso por otro en el Ejército húngaro, autorización de un comercio privado limitado, supresión de la entrega obligatoria de productos agrícolas—y con gestos propagandísticos: la Asociación de Estudiantes Húngaros (controlada por los comunistas) pide la restitución de la Santa Corona, "símbolo de la independencia magiar", que se encuentra desde

1945 en custodia norteamericana (24-XII). El nuevo Partido cuenta con 96.000 afiliados, o sea, con un 10 por 100 de los miembros de su antecesor.

El Año Nuevo comienza con una reunión de los jefes comunistas de la U. R. S. S., Hungría, Checoslovaquia, Rumania y Bulgaria en Budapest. Kruschév critica y condena "cada opinión unilateral sobre las características específicas nacionales y toda acentuación de "caminos particulares", que causan daños a la reconstrucción socialista del país en cuestión, como también de toda la familia de las naciones socialistas". Según otras declaraciones gubernamentales, en cambio, "el Partido debe mostrarse digno de los estudiantes y obreros que participaron en el levantamiento del 23 de octubre (!), ha de ser independiente de todos los demás partidos, del pueblo soviético y de las otras naciones, perteneciendo exclusivamente al pueblo húngaro". No pueden repetirse "los métodos antileninistas de Rákosi y Gerő", pero "deben ser garantizadas las conquistas de los doce años de socialismo". Se asegura la libertad de la creación literaria a los escritores que "confiesen ideas progresistas", la Religión se considera como asunto privado (sin embargo, unas semanas después comunica el ministro de Instrucción Pública que sólo podrán participar en la enseñanza facultativa de Religión aquellos alumnos cuyos padres hayan solicitado el permiso al comienzo del año escolar, o sea, antes del levantamiento). El ministro Marosán señala las cuatro frases de la "normalización": "victoria de las armas, reanudación del contacto con los partidos hermanos del extranjero, reorganización de la Policía (única, competente para perseguir los delitos comunes y los políticos, sin embargo, con una sección especial "para combatir la contrarrevolución") y la reorganización del Partido (1 al 9-I).

Los mineros de Tatabánya que en diciembre, a pesar de la promesa de premios, declararon no elevar la producción mientras que Kádár siga en el poder, vuelven a insistir en la retirada de las tropas soviéticas de Hungría y de las unidades policíacas de las minas y exigen un aumento del sueldo (10-I).

Kádár firma en Moscú una declaración común con los jefes rusos y chinos (11-I). Chu En-lai justifica en Budapest la intervención soviética y se identifica con la política de Kádár. Este destaca la importancia del Ejército para asegurar la paz de la nación y la victoria sobre la contrarrevolución, y demanda un auténtico apoyo de parte de la clase obrera, porque "la solución de los problemas de Hungría se encuentra en la dictadura proletaria". La burguesía debe desaparecer como factor polí-

tico y social una vez para siempre. Según el primer ministro, el diario *Népszabadság*, "exagera la nueva línea", habla demasiado sobre los países occidentales y no publica los comunicados del Partido en lugar suficientemente destacado. "La contrarrevolución quiso hacer de Hungría una colonia occidental bajo el lema de independencia y levantamiento nacional" (17-1). Nuevas detenciones entre los representantes de los intelectuales y estudiantes: Béla Kovács secretario general del Partido de Pequeños Propietarios, "por motivos de su salud" (efectivamente quebrantada en cárceles y campos de concentración) se retira de la vida política; el Partido "Petöfi" (antes Agrario Nacional) decide su disolución. József Dudás y János Szabó, del Consejo Revolucionario de Budapest, y el general Pál Maléter son condenados a muerte. El *Népszabadság* sale a la defensa de "los guerreros fieles de la Idea": "Bajo el lema de la destalinización se realiza una verdadera persecución de brujas en todas partes. Ya es tiempo de terminar con el exilio de hombres que quieren apoyar la política del Gobierno y del Partido. Ayudémosles, coloquémoslos en puestos correspondientes a su capacidad y sus experiencias" (18-20-1).

El Instituto Central de Estadística publica los *datos oficiales* sobre las pérdidas y daños: de 2.500 a 3.000 personas perdieron la vida, el 84 por 100 varones y el 16 por 100 mujeres, más del 20 por 100 menores de veinte años; 13.000 personas sufrieron heridas, 2.217 viviendas fueron totalmente destruidas, más de 20.000 experimentaron daños. La producción industrial en el mes de diciembre alcanzaba sólo del 20 al 25 por 100 de la de septiembre. De las 3.900 granjas colectivas subsisten unas 1.720. Según informa la delegación de la O. N. U. enviada a Budapest, Hungría necesita 440.000 toneladas de víveres, 14.500 toneladas de simientes, 10.150 toneladas de abonos químicos; el paro obrero y empleados afectará en 1957 a 300.000 productores, el 12 por 100 del total. Desde el comienzo de la revolución se refugiaron en Austria 170.000 y en Yugoslavia 10.000 personas.

Endre Marton, corresponsal budapestino de la *Associated Press*, escribe: "La revolución húngara continúa, aunque se hayan callado las armas... Ha llegado a su cuarta fase que será larga, según se puede apreciar por todos los síntomas. Es relativamente fácil dar cuenta de efervescencias populares, luchas callejeras, huelgas y manifestaciones obreras. Ahora, terminados estos fenómenos, han quedado allí 10 millones de húngaros, más unidos que nunca en el curso de su Historia milenaria, unidos en

el odio contra los rusos y el comunismo, representando un serio peligro con que ha de contar el comunismo internacional" (*New York Times*, 24-1-1957).

ORIGEN Y CARACTER DE LA REVOLUCION HUNGARA

El mundo libre reaccionó con reserva, admiración, entusiasmo, ayuda humanitaria y abstención militar, comentarios de prensa desorientados e incomprensión ante la "Revolución de Octubre" magiar. Por primera vez en la Historia del comunismo se produjo un poderoso movimiento de protesta sin limitarse a ser una rebeldía local, una exaltación patriótica de pocas horas de duración, como en Berlín, Poznan y Stettin. y con un eco mundial como no lo habían conocido las sublevaciones en el interior de la Unión Soviética, más o menos ignoradas por el Occidente. Y por primera vez fué quebrantado un régimen totalitario por el propio pueblo sin —o mejor dicho, a pesar de— una intervención armada del extranjero. Porque, según se puede juzgar por los acontecimientos pasados y la situación actual de las cosas, la revolución húngara de 1956 marca tal estado de desintegración o, por lo menos, de transformación en la estructura del régimen comunista que, a pesar de un "retorno del stalinismo" en cierto sentido, parece imposible una vuelta radical al pasado. La actuación de los consejos obreros demuestra que los trabajadores de fábricas y minas tomaron en serio lo que se les había predicado sobre la responsabilidad y el papel de la clase obrera en la manutención del Estado; la juventud dió prueba de su espíritu de sacrificio y del aprovechamiento de la instrucción preliminar comunista en la lucha contra los que tenía por enemigos de la nación. Y será difícil no considerar como sintomático el hecho de que hayan podido dimitir los jueces en masa y publicarse en la prensa, un mes después del aplastamiento militar de la revolución, semejantes palabras, quizá ingenuas, pero a todas luces humanas y sinceras: "¡Decidnos la verdad! Hace semanas se pudo leer con indignación que todos los que empuñaron las armas habían sido *héroes*, hoy se lee con indignación que todos los que lucharon con armas en la mano, eran *fascistas*. ¿Cómo se puede afirmar que los consejos obreros, entre tanto disueltos, hayan actuado contra los intereses del pueblo? ¿Se puede tratar a sus jefes, conocidos por miles de sus compañeros como hombres sinceros y honrados, como

a fascistas? Ha llegado el tiempo de terminar con todo esto. ¡Decid la verdad!” (*Mai Nap*, 18-XII-1956).

La falta de figuras destacadas e internacionalmente conocidas en el bando de los nacionales y la frecuente contraposición simplista del “tan elogiado Imre Nagy” con el “vilipendiado Kádár” en la prensa mundial favorecieron las opiniones erróneas sobre el origen y el carácter del levantamiento de modo que se llegó a considerarlo como “una lucha entre lobos de la misma camada”, un movimiento de inspiración fundamental y originaria” comunista, “sólo que con un matiz muy importante: comunista nacional”. (V. ¿Qué sucedió, de verdad, en Hungría? *Arriba*, 27-I-1957.)

Pues bien, tres hechos justifican que hablemos, *en cierto sentido*, de un “origen comunista” de la “Revolución de Octubre” magiar: 1) El hecho de que *el levantamiento se haya dirigido contra la opresión ejercida por un régimen comunista*; 2) el de que *una campaña de críticas controladas y previstas en el programa comunista de “destalinización”*, dirigidas siempre contra individuos y prácticas, pero nunca principios e instituciones, *dieran lugar a la avalancha de críticas ya no controladas y planificadas* que, volcándose a la calle, se convertían en una protesta pública; 3) el hecho de que *un discurso del primer secretario del Partido comunista y su (?) decisión de recurrir a las fuerzas soviéticas* diera el impulso inmediato para transformar la protesta pública en una revolución armada aunque lo sea sólo de botellas de gasolina y de los cañones de bronce del Museo de Historia Militar.

En cambio, un examen, aunque sea somero, de las resoluciones de los diversos comités y consejos servirá para ilustrar la amplitud del movimiento nacional y toda la gama de posturas de los que participaron en él.

El Consejo Obrero de Miskolc exige que los puestos directores del *Estado y del Partido* sean ocupados por *comunistas o no comunistas* que se identifiquen con el principio del *internacionalismo proletario*, sin embargo, teniendo que ser en primera línea *húngaros* y respetar nuestra *tradición nacional* y nuestro “*pasado milenario*”; que se termine con la “*carnicería de Budapest*”; que sean eliminadas de la vida política “*las personas comprometidas por el culto personal*”; que sean relevados todos los responsables de la mala dirección y planificación; además, aumento del sueldo y la seguridad “*de que el Parlamento no*

siga siendo una máquina de votar y los diputados, unos sellos de goma". (*United Press*, 26-X.)

El mismo día se publica en Budapest una proclama impresa en los talleres gráficos del Ejército con los puntos de programa siguientes: 1) un gobierno provisional revolucionario nacional del Ejército con participación de los jefes de la revolución; 2) suspensión inmediata del estado de sitio; 3) abandono del Pacto de Varsovia y retirada pacífica de las fuerzas soviéticas; 4) proceso contra los responsables del derramamiento de sangre y amnistía para los prisioneros; 5) "*una base verdaderamente democrática para un socialismo húngaro*". (*Reuter*, 26-X.)

El Consejo Nacional de Győr, presidido por Attila Szigety, exige 1) la erección de una *democracia de tipo occidental*; 2) admisión de *partidos políticos de cualquier tendencia*; 3) elecciones libres; 4) alto de fuego y retirada de las fuerzas soviéticas.

El Comité Ejecutivo Municipal de Magyaróvár presenta el programa más exhaustivo y explícito en aquellos días turbulentos, votando por una "vida democrática libre, tal como está definida en la Carta de las Naciones Unidas" y requiriendo 1) *elecciones libres y democráticas bajo el control de las Naciones Unidas*; 2) la garantía de la seguridad interior y exterior de Hungría por las Naciones Unidas hasta que pueda constituirse un gobierno a base de los resultados de las elecciones; 3) *la admisión de todos los partidos democráticos*; 4) libertad de prensa y de asociación; 5) actividad libre de los sindicatos; 6) restauración de las organizaciones profesionales agrarias; 7) restitución de los derechos humanos a los perseguidos y a los intelectuales que fueron degradados; 8) libre ejercicio de la profesión para los pequeños industriales y comerciantes; 9) *reorganización de las asociaciones juveniles prohibidas por el comunismo*; 10) libre regreso de los deportados a sus domicilios; 11) libertad para los prisioneros políticos; 12) nueva parcelación de las tierras entre los campesinos; 13) eliminación de las diferencias de clase; 14) reparación de las graves injusticias cometidas contra la Iglesia; 15) disolución inmediata de la policía secreta; 16) retirada inmediata de las tropas soviéticas. (*AFP*, 29-X.)

En la resolución del Comité Revolucionario del Ministerio de Asuntos Exteriores figura una propuesta sobre "*la aseguración de la eterna neutralidad de Hungría*", la demanda de ayuda material de las grandes potencias, la orden de regreso a todos los representantes diplomáticos "*stalinistas y rákosistas*" y de "*ciertos miembros de las legaciones*" (se refiere, probablemente, a los confidentes). Hungría debe estar repre-

sentada en el extranjero por *patriotas fieles que hayan luchado* antes y durante la revolución y tener una delegación en la próxima asamblea de las Naciones Unidas que posea la *confianza de la nación entera*. Las fuentes de la riqueza nacional, ante todo la bauxita y el uranio, deben estar al servicio del bienestar nacional. (AFP, 1-XI.)

/Según el convenio secreto entre la Unión Soviética y la República Popular Húngara sobre la explotación de los yacimientos de uranio firmado en la primavera de 1955, el 30 por 100 de las inversiones corría a cuenta de Hungría; el 70 por 100 fué adelantado por la U. R. S. S. en forma de envío de maquinaria, debiendo ser amortizada la mitad por entregas de mineral de uranio al precio establecido por la comisión soviética. Hungría no podía negociar sobre la explotación y elaboración de mineral de uranio con otros países sin el consentimiento de la U. R. S. S. y el tratado era vigente también para los yacimientos descubiertos después de la firma del mismo./

Los programas y resoluciones que se acaban de citar dejan apreciar, aparte de unas preocupaciones especiales originadas de la profesión o función de los firmantes (interés de los soldados por los aspectos militares, de los empleados del Ministerio de Asuntos Exteriores por las representaciones diplomáticas y la delegación en la O. N. U. y de los obreros por la situación del proletariado), los variantes de unas actitudes dispares y hasta irreconciliables, como un nacionalcomunismo “en el espíritu de Béla Kun (!) y László Rajk y una democracia “de tipo occidental” con admisión de partidos de cualquier tendencia, y un valor constante que es el nacionalismo o patriotismo, pero sin un matiz comunista o titoísta

Por otra parte, “las causas de la revolución húngara no han de buscarse exclusivamente en el terreno de la Política, sino que están en gran parte estrechamente relacionadas con la situación económica desfavorable”, resultante de las arbitrariedades de la economía planificada y colectivizada y con el estado de ánimo de los ciudadanos que se sienten degradados al ser unas piezas anónimas de una monstruosa maquinaria estatal. (V. Béla Balassa: *Das wirtschaftliche Fiasko in Ungarn. Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 27-I-1957.) Ahora bien, del fracaso de la economía en las democracias populares, del descontento y de la desconfianza de las masas no se hace responsable tan sólo una u otra dirección o tendencia dentro del comunismo, sino *el comunismo como tal*, ya que uno de sus principios básicos —“el Partido tiene siempre razón”—favorece el movimiento dialéctico de las ideas y prácticas, con-

duce a bruscos cambios de curso incomprensidos por el pueblo y perjudiciales para el desarrollo económico normal y paraliza constantemente la iniciativa particular y el fructífero esfuerzo propio bajo el peligro amenazador de la "desviación", cualquiera que sea la dirección dominante en el momento. Por lo tanto, la rebeldía, en cuanto motivada por aspectos económicos, tampoco se dirigió contra la política económica de Gerö, Vas, Nagy o Kádár, sino contra la del comunismo que imposibilita una evolución continua y normal.

Ni los nombres de Imre Nagy y Pál Maléter, ni la remisión al papel del Ejército "sovietizado a fondo", son suficientes para evidenciar el origen y el carácter comunistas del levantamiento. Ante todo no se debe olvidar que Imre Nagy fué llamado por el Comité Central y nombrado primer ministro para salvar la continuidad del régimen comunista una vez estallada ya la revolución y que Pál Maléter fué enviado para combatir a los sublevados cuando pasó al otro bando. Sus nombres no están unidos al origen de la revolución. Si gran parte del pueblo húngaro les aceptó como figuras representativas de su movimiento, sucedió así porque había podido descubrir rasgos humanos y patrióticos en su comportamiento y porque de esta manera creyó poder hacer más fácilmente aceptables las exigencias y los resultados de la revolución por parte de la Unión Soviética. Por la misma razón figuraron las relaciones de amistad o de buena vecindad con la U. R. S. S. o con "el gran Imperio ruso" en los programas de entidades y personas situadas por encima de toda sospecha de filo o criptocomunismo.

Para formarse concepto del papel del Ejército se ha de saber que, según los datos facilitados por la Hermandad de los Ex-combatientes húngaros (v. *Hadak Utján*, año VIII, núm. 91), en la primera fase de la revolución, hasta el 4 de noviembre, se sumaron al levantamiento siete divisiones húngaras de las 15 existentes mientras que las demás se mantuvieron pasivas, y que, por otra parte, es imposible hablar de un Ejército políticamente organizado e ideológicamente impregnado "a fondo" hasta que se trate de países con servicio militar obligatorio. En este aspecto ni la U. R. S. S. ni la Alemania nacionalsocialista constituyen una excepción.

Entonces, en resumidas cuentas, ¿por qué estalló en Hungría la lucha por la libertad? Un nuevo órgano de los patriotas exilados contesta así: "Cuanto más buscamos las causas tanto más palidecen los puntos de vista materialistas, por lo demás completamente justificados, y tanto más nos convencemos de que la lucha por la libertad se nutrió

de las profundidades de la naturaleza humana... En los largos años de sufrimiento se nos demostraba cada día que los principios del régimen comunista basado en el ateísmo y el materialismo, contradecían, en la mayoría de los casos, a las exigencias y leyes de la naturaleza humana. Estas leyes están grabadas tan profundamente en nuestra alma que no podemos renunciar a ellas. Hasta el que cedió a la presión e intentó adaptarse, se tuvo que enfrentar, antes o después, consigo mismo, o sea, con las leyes inscritas en la naturaleza humana. Esta tensión íntima fué lo que al fin de las cuentas, hizo estallar la lucha por la libertad y fué la naturaleza humana, cristalizada y ennoblecida por el sufrimiento, lo que conservó esta lucha en su pureza, en su edificante heroicidad y de esta manera se convirtió la lucha de Hungría por la libertad en fuente de un nuevo capítulo de nuestra Historia" (*Magyar Kurir*, 20-I-1957). He aquí lo que únicamente merece ser considerado como "inspiración fundamental y originaria".

LA REACCION DE LA UNION SOVIETICA Y DE LOS PAISES SATELITES

Aclarados ya el origen y el carácter del levantamiento magiar quedan otros problemas planteados por el mismo y referidos por una parte a la órbita comunista, por otra, al resto del mundo.

Numerosas hipótesis intentaron explicar la reacción de la Unión Soviética ante los acontecimientos en Hungría. Las fuerzas del Ejército Rojo intervinieron dos veces para proteger al régimen democrático-popular (24-X y 4-XI) y terminaron por aplastar el movimiento revolucionario. Sin embargo, su pasividad después de los primeros encuentros y hasta la llegada de las nuevas unidades llamó poderosamente la atención.

Según una de las hipótesis, los partidarios de la coexistencia y de la liberación—si cabe hablar de tal cosa dentro del comunismo—efectivamente estaban dispuestos a retirar las tropas y a hacer concesiones en los terrenos económico y político, hasta que los partidarios de una política de la mano dura y los mariscales consiguieron imponer su punto de vista, no sin relación con el desembarco anglofrancés en Suez y con la decisión de Hungría de abandonar el Pacto de Varsovia que, una vez convertida en realidad, hubiera representado un peligroso precedente además de invalidar por sí mismo los planes estratégicos rusos.

Otra hipótesis alega la baja moral de combate de las tropas sovié-

ticas que, estacionadas en Hungría desde hacía meses o años, establecieron lazos de amistad o, por lo menos, de comprensión humana con la población y antes de disparar contra ella, se unieron a su movimiento. Los mandos soviéticos necesitaron varios días para realizar el relevo de estas unidades por otras cuyos soldados, completamente desorientados, buscaron el Canal de Suez o el de la Mancha en las orillas del Danubio, preguntaron por SS alemanes y paracaidistas americanos y con un jubiloso "Berlín caput" señalaron la sufrida capital húngara. (V. *Ahogy Lehet*, núm. 93-94, París, enero 1957). Finalmente, hubo quienes interpretaron la pasividad soviética como una trampa: debían salir a la luz todos los elementos anticomunistas para ser conocidos y aniquilados.

Lo más probable es que las tres teorías tengan un grano —y más de un grano— de verdad. Aunque los soviéticos no hayan pensado nunca seriamente en sacrificar sus puestos estratégicos en la cuenca cárpato-danubiana (sobre su importancia v. Miksche: *Politische und militärische Bedeutung des ost-mitteuropäischen Raumes, Neues Adenland*, 1956, núm. 1) en los altares de la coexistencia, los titubeos de su política, especialmente en la tercera fase, parecen reflejar las tensiones internas y formaciones de grupos entre las más altas jerarquías del bolchevismo, lo que podrá exteriorizarse, con ocasión de la próxima reunión del Soviet Supremo, también en cambios personales. El motivo directo e inmediato de la pasividad, de la retirada provisional de las tropas de las ciudades y del ataque retardado habrá de buscarse en la poca seguridad que ofrecieron las tropas estacionadas en Hungría y si la tregua engañosa sirvió también "para desenmascarar a los contrarrevolucionarios", era un bienvenido efecto secundario.

La reacción de los países satélites que no se levantaron en armas como los magiares debe haber causado no poca desilusión tanto en Hungría como en el hemisferio occidental, donde se abrigaba la vana esperanza de un derrumbamiento total del comunismo sin sacrificios por parte de las naciones libres y sin una nueva conflagración mundial.

Entre los satélites, era Polonia, de una mentalidad romántica parecida y de un gran fervor patriótico, el que seguía con repetidas manifestaciones de simpatía los sucesos de Hungría. Inmediatamente, se puede decir que ya en las primeras horas de lucha, se iniciaron en Polonia las donaciones de sangre y hasta después de la represión soviética seguía difundiendo Radio Varsovia "la gran verdad sobre Hungría": que era un "crimen" el recurrir a la ayuda soviética y que "sólo los húngaros tenían derecho de defender el socialismo en su país" (25-XI). Los

autores polacos "como escritores y como ciudadanos de un país que conoce la transcendencia y el valor de la libertad" expresaron su "dolor profundo por el derramamiento de sangre causado por los malos métodos de gobierno y por la intervención de tropas extranjeras". (Declaración de la Asociación de Escritores Polacos, firmada por su vicepresidente Jaeroslaw Iwaszkiewicz y otros miembros, 27-XI.) Sin embargo, la simpatía de las grandes masas del pueblo hacia los patriotas húngaros no se tradujo en gestos políticos, ni siquiera en la sala de sesiones de la O. N. U. Aunque el delegado polaco Naszoski condenó, *por principio*, las deportaciones, manifestó tener serias dudas sobre la veracidad de tales noticias y votó con el bloque comunista contra la propuesta cubana (25-XI). El comunicado firmado unos días antes en Moscú por Gomulka y los jefes soviéticos reafirmó "la amistad, cooperación y ayuda mutua" (19-XI). El Kremlin aceptó el régimen registrado con los nombres Gomulka-Cyrankiewicz, después de haber reconocido éstos el papel director de la U. R. S. S. y el principio de que "a pesar de las diferencias, para todos los países tienen validez las mismas condiciones para la construcción del socialismo" (discurso de Gomulka, 9-I), y con la conciencia de la seguridad de que el vivo recuerdo de la "lucha común contra el fascismo", entendiéndose: la espinosa cuestión de los "territorios occidentales" y la línea Odera-Neisse, evitará la rotura radical de Polonia con la Unión Soviética y el régimen comunista. Tal rotura aislaría político-geográficamente la República Democrática Alemana, causando el consiguiente derrumbamiento de la democracia popular y actualizaría el problema de la reunificación alemana con un inminente peligro para la integridad de la Polonia actual.

Como en Polonia influye decisivamente su situación entre dos enemigos seculares y la necesidad de buscar el apoyo del uno contra el otro, así en el caso de Yugoslavia y su régimen nacionalcomunista determinan dos miedos la línea de su política equívoca y vacilante. El triunfo de la revolución húngara, la primera que consiguiera derribar un régimen totalitario, pondría en trance difícil el titoísmo que, si aun sin ocupación militar soviética y con una relativa independencia de Moscú, no deja de ser un régimen comunista; por otra parte, la represión del levantamiento en que tomaron parte activa también elementos "titoístas" húngaros evoca el espectro de una intervención análoga en Yugoslavia en un caso dado. Por esto prefirió calificar el mariscal Tito la intervención "un mal menor" que había podido evitar "el caos,

la guerra civil, la contrarrevolución y una nueva guerra mundial” y concluyó que “si la intervención en Hungría salva el socialismo, entonces podemos decir que ha sido necesaria, aunque somos contra toda intromisión”. (Discurso en Pola, 11-XI-1956.)

Checoslovaquia permaneció fiel a su postura rusófila y a su tradicional política del “non resistere”; sólo grupos de súbditos checoslovacos de nacionalidad húngara (en sentido étnico) intentaron pasar clandestinamente la frontera para sumarse a los patriotas magiares, resultando muertos varios y siendo detenidos centenares de ellos (sólo en Bratislava 250, v. *News from Hungary, Free Europe Press*, año IV, número 2).

En Rumania, donde según el censo oficial de 1956 el 9,1 por 100 de la población, 1.589.443 almas, es húngaro y existe una Provincia Autónoma Húngara se pudo temer que un movimiento anticomunista se complicaría con roces entre las distintas nacionalidades, como luego ocurrió efectivamente a mediados de enero en Dobrudja, región disputada entre rumanos y búlgaros. Para evitarlo en Transilvania y para afianzar la solidaridad y fraternidad de los “pueblos socialistas” debía servir la “Carta de los escritores húngaros de Rumania a los escritores de la República Popular Húngara con motivo de Año Nuevo”, firmada por quince autores miembros del Partido: “Con una profunda preocupación recibimos las noticias sobre los acontecimientos después del 23 de octubre. Vimos cómo la oscura reacción supeditó al movimiento dirigido la eliminación de los graves errores de la vida política y económica de la nación. Y nuestra preocupación se convirtió en consternación cuando, con una brutalidad ilimitada, se desencadenó la contrarrevolución. Nosotros mismos nos sentimos también atacados”. (*Népszabadság*, 4-I-1957.)

La crítica unánimemente negativa de unas declaraciones del príncipe Löwenstein, diputado liberal del Bundestag, en las que el político alemán, testigo ocular del levantamiento en Budapest, señalaba la imitación del ejemplo húngaro como el camino más adecuado para la reunificación alemana (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 12-XI-1956) y el hecho de haberse tenido que batir en retirada dando una interpretación del ideal expresado en sus palabras como “gewaltlose Gewalt”—“poder sin violencia” o con una traducción literal que da a entender mejor el contrasentido del término “poder impotente”—(*Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 14-XI-1956), documentan el estado de ánimo de la Repúbli-

ca Federal después del "milagro económico" y durante la organización de su nuevo Ejército y lo escaso del estímulo que la Alemania Oriental podía esperar de su hermana occidental para semejante gesto.

Finalmente, Chu En-lai, en nombre del comunismo chino, cuyas características específicas habían sido objeto de tantos comentarios, condenó la "conspiración contrarrevolucionaria en Hungría" y reconoció "la unidad de las naciones de la órbita socialista bajo la dirección de la Unión Soviética y su colaboración amistosa" como "la garantía más segura para la conservación de la paz en el mundo entero". (Declaración firmada por los representantes de la República Popular China y de la Democrática Alemana en Moscú, 9-1.)

LAS NACIONES UNIDAS Y LA PROPAGANDA ANTICOMUNISTA

Más que de sus compañeras en la desgracia esperaba Hungría una ayuda eficaz de aquella entidad heterogénea que solemos llamar "el mundo libre" y con la que Hungría estableció y mantuvo contactos por dos vías, la diplomática, mediante su ingreso en la familia mundial de las Naciones Unidas, y la informativa de la propaganda anticomunista enviada y radiada desde el Occidente hacia el Oriente. Los métodos hasta ahora practicados de ambas vías se ponen en duda al plantearse con toda sinceridad el problema de la justificación de su existencia y el de sus bases, que no son sólo políticas sino también morales.

La impotencia de la O. N. U., los interminables debates, las resoluciones condenatorias y recomendaciones infructuosas, se prestaron para quebrantar la confianza de todos aquellos que estaban dispuestos a atribuir una mayor eficacia a este alto organismo internacional que a la malograda Sociedad de las Naciones ginebrina. La inexistencia de unas fuerzas armadas de las Naciones Unidas que garanticen la observación de las resoluciones e impongan a los resistentes la voluntad de la comunidad (su creación improvisada y su presencia en la zona del canal de Suez se posibilitaron precisamente por el asentimiento en principio de las partes litigantes, y su inactividad ante la negativa israelí de evacuar las posiciones señaladas pone de manifiesto su escasa utilidad real) y la esperanza nula de poder acordar unas sanciones económicas, hicieron que "el mundo libre" se ilusionase con la idea de una "irresistible presión moral" y se divulgase en la Prensa mundial la noti-

cia de una "grave derrota de la U. R. S. S." a propósito de cada una de las votaciones nada gloriosas para las naciones no comunistas de la Organización. Las resoluciones del 4, 9 y 21 de noviembre y la del 12 de diciembre, en las que se debía exteriorizar la presión moral, no consiguieron siquiera el *placet* para un viaje de Hammarkjöld a Budapest, y tampoco salvaron a los heridos internados en los hospitales de ser diezmados ni a los jóvenes patriotas de la deportación. Faltaron dos condiciones esenciales para toda presión moral: un grado mínimo de *susceptibilidad moral* de aquellos sobre los cuales debía gravar la presión y la *unidad* de aquellos que debían ejercerla, su aceptación de los mismos principios y métodos para todos los casos. Pero las cuestiones de Suez, Gibraltar, Jerusalén, Chipre, Argelia y Yemen fragmentaron la unidad. Las crisis en Gran Bretaña y Haití, las revueltas en Indonesia y Cuba debilitaron la postura de dichos países, y los que estaban dispuestos a apoyar el envío de unidades de las Naciones Unidas a una región reaccionaron airadamente ante semejante propuesta tratándose de otra cuestión relacionada con sus propios intereses (postura de la India en el asunto de Cachemira).

Las votaciones se desarrollaron bajo el signo de las formaciones de grupos e influidas por puntos de vista ajenos en realidad a los asuntos tratados. El bloque de las naciones afroasiáticas, con excepción de algunas de orientación más o menos claramente occidental (Filipinas, Tailandia, Pakistán, Irán), se abstuvieron notoriamente de emitir su voto en pro o en contra de las resoluciones presentadas en relación con los acontecimientos en Hungría. Aunque los Estados de Colombo (India, Ceilán, Birmania e Indonesia, en Nueva Delhi, el 14 de noviembre) y ocho Estados árabes (en Beirut, el 15 de noviembre) condenaron todo empleo de la violencia y se distanciaron de esta manera de la política seguida por la U. R. S. S., no sacaron las últimas conclusiones de su decidido anticolonialismo, asociado en su imaginación sólo a los nombres de Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos; pero no al de Rusia. Al contrario. Su convicción anticolonialista les sirvió, al parecer, para justificar el abstencionismo: el proceso de la liberalización ya no se podía detener, "a pesar de los últimos acontecimientos", porque el colonialismo estaba condenado a fracasar "en todas sus formas" y porque el socialismo y el comunismo no podrían sostenerse sobre la única base del terror (declaraciones de Nehru, 6 de diciembre). Los principios de la coexistencia "pacífica" (?) y de la no intromisión en los asuntos "internos" (?) de

otros Estados del *premier* hindú experimentaron en este caso una aplicación muy amplia. En resumen: el abstencionismo de los países afroasiáticos y la supuesta vocación mediadora de la India, que con todo su pacifismo teórico-filosófico típicamente oriental, y durante su aprendizaje político, se vió convertida imprevistamente en un factor de la política internacional, fortalecieron en realidad el frente comunista, lejos de ejercer ninguna clase de presión moral.

En el curso de los años se tuvo que reconocer lo absurdo y lo contra-productivo del *derecho de veto*, asegurado a las grandes potencias en el Consejo de Seguridad. Los graves conflictos actuales en el centro de Europa y en el Oriente Medio ponen de manifiesto, en cambio, cada vez con más fuerza, lo insostenible de las *abstenciones de voto*, las retidéfinitivo de la Organización, y esto no sólo en cuanto al peso político tiene valor para calar hasta los fundamentos éticos, en cuanto a la base de las resoluciones—punto de vista eminentemente práctico—, sino, si se tiene valor para calar hasta los fundamentos éticos, en cuanto la base moral de la actuación política en el concierto internacional. La Organización de las Naciones Unidas podrá seguir existiendo durante años, quizá también durante decenios, y hasta desempeñar unas funciones de cierta utilidad. Sin embargo, sólo cumplirá con su verdadera finalidad y su cometido principal si se coloca sobre una base enteramente moral que no permita a los Estados miembros el situarse al margen de la responsabilidad y asegura a sus resoluciones, por su verdad y por su justicia, un carácter coercitivo. Sin estos requisitos se degenerará en una farsa la celebración del “Día de los Derechos Humanos”, que últimamente tuvo lugar el día 10 de diciembre, o sea durante aquellas jornadas dedicadas a la discusión de una nueva moción condenatoria de la Unión Soviética por su intervención política y militar en Hungría.

A raíz del levantamiento húngaro se volvió a discutir, con frecuencia en tono polémico, la actividad de la propaganda anticomunista y el grado de su responsabilidad en los sangrientos acontecimientos. Sobre todo se levantaron voces críticas en Alemania, en cuyo territorio se situaba el cuartel general de la acción de balones y funciona la emisora Radio Europe Libre: “En sus filas (de los patriotas húngaros) había hecho efecto la propaganda de liberación de las emisoras occidentales, brava-mente continuada desde los días de la guerra fría: esperaron con toda seriedad una acción de ayuda militar desde fuera, y creyeron ingenuamente en las ilusiones más irreales, que, sin embargo, habían sonado siempre tan realistas y seguras de sí mismas...” (Eugen Kogon, en *Frank-*

furter Hefte, año XI, núm. 12). Otros opinaron que no se podía objetar seriamente contra el “tono correcto” de las emisiones anteriores al 30 de octubre, pero que cambiaba el sentido desde tal fecha. Frente a las acusaciones más o menos concretas expusieron los puntos de vista de Radio Europa Libre su director europeo, Richard J. Condon; su jefe de Prensa, Ernest Langendorf; el director de la Sección húngara, doctor Gellert, y otros. Según el consejero político de la emisora, Griffith, no se había propuesto como misión “el incitar la gente al espionaje y el sabotaje”, no querían convencerles para que abandonaran su patria ni les ocultaban “la grave situación del refugiado en el Occidente”. Sólo querían “darles la seguridad de que no se habían conformado con su situación ni renunciado a ellos” e informarles “con todos los medios técnicos disponibles de lo que ocurre realmente en el mundo, en el Occidente, en los países del bloque soviético y ante todo, naturalmente, en su propia patria” (*Die Welt-Press*, año XI, núm. 44, 3 de noviembre de 1956). El Comité Nacional por una Europa Libre (Nueva York) definió ya bastantes meses antes con términos parecidos la finalidad de la acción de balones realizada por la organización Cruzada por la Libertad en colaboración con dicho Comité: los millones de cuartillas tituladas *Szabad Magyarország* (“Hungria Libre”) debían “sustituir la prensa libre, suprimida en tierra magiar, llevando al otro lado del telón de acero la voz del Occidente con la fuerza sugestiva de la letra impresa”; por otra parte, ser “portavoz del movimiento de resistencia sin violencia desarrollado espontáneamente en Hungría”. Según las noticias llegadas, continúa el texto citado, “la población se da cuenta perfectamente de que el mundo libre no espera ninguna iniciativa aventurada de parte de los pueblos de más allá del telón de acero; no obstante, las cuartillas enviadas desde el Occidente testimonian ante el pueblo húngaro que el Occidente no se olvida de la mitad oriental de Europa” (“Report on Hungary”, *Free Europe Press*, año VI, núm. 9-10, septiembre-octubre de 1954).

Sin embargo, en definitiva no interesan las eventuales diferencias en el tomo de las emisiones antes y después de una fecha determinada. Tampoco se trata del *sentido literal* de los textos impresos o grabados en cintas magnetofónicas y controlables en los archivos, como fué propuesto; ni siquiera de la intención de estas acciones, que indudablemente “no querían anticipar decisiones” de la alta política, ni impulsar a “la aventura de una revolución”, ni hacer “una política de liberación a propia

ZOLTÁN A. RONAI

cuenta". Lo que únicamente importa y debe tener repercusión en el futuro son el reconocimiento de la *imposibilidad de mantener indefinidamente un "movimiento de resistencia pasiva"*, el descubrimiento de la *verdadera fuerza sugestiva* de unos términos en determinadas situaciones psicológicas, como el de "cruzada", a pesar de su empleo indistinto y abusivo para conflagraciones internacionales, guerras civiles, campañas de alfabetización y de protección ocular y meras acciones de propaganda y, finalmente, la comprensión de *lo problemático de la información sobre "la potencia política, económica y militar de Occidente* en interés de las masas anticomunistas que en los Estados satélites esperan la liberación" (Ernest Langendorf, en *Rheinischer Merkur*, 5 de octubre de 1956), cuando este poder se manifiesta *impotente* o por lo menos *inactivo*.

¿O podrá seguir anunciándose: "Aquí, Radio Europa Libre; la voz de la Hungría libre", y continuar aquella "cruzada" como si nada hubiera ocurrido, mientras que se dedica al comercio oriental y se practican el intercambio cultural y los encuentros deportivos con la Unión Soviética?

ZOLTÁN A. RONAI
*Colaborador del Centro
de Estudios Orientales. Madrid.*